

UN BUEN OYENTE

“No subestime a las personas cuando le hablen”, reflexionaba un antiguo filósofo chino. Él quería decir que debemos escuchar con la mente abierta y no menospreciar las ideas de una persona antes de que sepamos lo que ella tiene para exponer; en fin, no debemos juzgar por las apariencias. A veces, podemos aprender algo valioso de un operario analfabeto o de un simple campesino. Con frecuencia oímos a un niño expresar una verdad maravillosa o una idea original. Bergson, en su libro *Intuición*, dice que las criaturas son altamente intuitivas y que muchas veces van directamente a la esencia de la cuestión. En las discusiones entre madre e hijo, la verdad está del lado de este último en más de una ocasión. Para mí constituye un deber prestar atención a las personas que trabajan bajo mi dirección y permitir, tanto cuanto sea posible, que sigan sus impulsos. Aun cuando insistan en un proyecto absurdo, busco aceptarlo hasta un cierto punto. Solamente me muestro inflexible cuando siento que hay actitudes erradas que están perjudicando la situación. Hay personas que temen perder su dignidad o su prestigio si oyen a sus subordinados, pero eso es un error. Aunque alguien diga que algo que pensamos no es verdad, no conviene rehusarlo inmediatamente, insistir en nuestro propio punto de vista o censurarlo. Aun cuando sepa que la persona está mintiendo, aparente que no está perturbado. Eso se puede permitir, siempre que seamos sinceros y verdaderos en nuestro corazón. Les doy un ejemplo: en ciertas ocasiones, venía un vendedor de objetos de arte con una imitación y esperaba inducirme a comprarla. Escuchándolo, inmediatamente encontraba algo útil y relevante en medio de sus obras falsificadas.